



CAMINO DE LA SANTIDAD: OBEDIENCIA Y PAZ

Escrito dominical, el 16 de noviembre

Este lema del papa santo Juan XXIII, que también el cardenal Álvarez Martínez destacaba como clave en su vida, me ayuda a vivir y a seguir en el camino de la santidad, donde estas dos palabras son claves: obediencia y paz. Obedecer es siempre identificarse con los sentimientos del Corazón de Cristo, que «se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz». Este vivir «colgados» de su Misericordia, de ponerse en sus manos con una infinita confianza, debe venir precedido siempre de un diálogo, que es escuchar al Señor Jesús y también saber escuchar a la autoridad, para que, juntos, sintiéndonos escuchados, nos acerquemos a cumplir la voluntad de Dios, único camino de santidad.

¿Cuál es la obediencia cristiana? Esta obediencia, que nos identifica con los proyectos del Corazón de Cristo nos hace vivir con tres actitudes evangélicas, partiendo siempre de que lo que agrada a Dios es acoger su plan, en obediencia a «sus proyectos», que subsisten de edad en edad. Es saber que la abnegación, el negarse a uno mismo, es puro evangelio para el seguimiento del Señor: «Si alguno quiere seguirme que se niegue a sí mismo y me siga».

1. Obediencia de la fe. Cuando recibí el primer nombramiento como sacerdote, entendí –y así lo creo hoy– que mi corazón debía acoger siempre y con paz la misión que se me encomendaba. He procurado siempre mantener esa actitud. Esta es la actitud cristiana, cuando es tan clara la voluntad de Dios en esos momentos, en los que nos viene de la Autoridad legítima y que nos ayuda vivir y a crecer en santidad. Nuestra actitud siempre debe ser un «sí» incondicional, como nos enseña María.

2. Abrir el corazón. En un segundo nombramiento, recuerdo que, con la misma actitud de sencilla obediencia, me sentí llamado a decirle al Obispo, a mi superior, cómo me encontraba, qué había vivido en el destino que estaba y cómo veía el nombramiento al que se me enviaba. Era sencillamente abrirle mi corazón. Partí de cómo me encontraba, en un diálogo abierto y fraternal para exponerle mis puntos de vista, desde mi realidad siempre vivida con espíritu de fe, esperanza y caridad. Podía presentar al Superior mis experiencias anteriores, mis luces y sombras, sin quitar un ápice de terminar obedeciendo. El diálogo dio lugar a la obediencia.

3. Lo que debe prevalecer. Después me encontré en otras ocasiones, siempre en comunión afectiva y efectiva con mis superiores y hermanos, y en conciencia creía que debía exponer a dónde me sentía llamado. Era como una segunda vocación, mi vocación sacerdotal. No había intención de marcar la ruta a nadie. Era sencillamente la necesidad de ser escuchado y que, después de un tiempo en distintos servicios, podría exponer lo que más me ayudaba. Y no era un capricho, sino delante del Señor, que me ayudaba a realizar mejor mi vocación, como una llamada a la santidad.

Algunas veces ratificaron lo que el Señor había puesto en mi corazón. Y lo veía con paz, aceptando lo que mis superiores habían visto ya que estaba convencido de que el Señor actúa a través de ello. Nunca pensé que mis superiores se tenían que amoldar a mis gustos, aunque fuesen muy altos. Siempre he comprendido que la obediencia, que prometí en mi ordenación sacerdotal, era lo que al final debe prevalecer. La experiencia sobrenatural nos dice que la obediencia nos enriquece mientras que la desobediencia nos empobrece. Siempre partiendo del respeto, escucha y teniendo en cuenta la situación personal de cada uno.

María, nos enseña el camino de la obediencia a la fe, con su sí incondicional a los proyectos de su Corazón.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España